

## Dinámicas otras de tránsito en una frontera argentino-boliviana. Cartografiar los espacios desde el bagayeo

### Other Traffic Dynamics in an Argentine-Bolivian Border. Mapping the Spaces from the Bagayeo

*Andrea Noelia López\**

#### Resumen

En el presente trabajo nos proponemos reflexionar sobre el límite del espacio, el límite de la nación y su territorio, a partir de los lugares que interpelan el mapa heredado y dejan de lado la cartografía oficial en tanto se abren a la exploración del espacio como posibilidad. Lugares en los que la misma ficción de la traza alcanza su propio límite y revela la finitud de la trama frente a la contigüidad del territorio habitado. Lugares negados en la cartografía estado-céntrica que se vuelven amenaza de las certezas positivas y se interrogan por el “deber ser” en tanto “siendo” desde experiencias particulares.

Reflexiones que se dan desde la porosidad de la frontera argentino-boliviana en el límite Aguas Blancas-Bermejo, a partir del trabajo de las mujeres “bagayeras”, mujeres que cruzan mercaderías por circuitos que evitan el control aduanero y de Gendarmería. A nuestro entender, espacios y trabajos conflictivos, superpuestos, performativos en sí mismos. Fronterizos.

Es desde un cartografiado cultural que damos cuenta de lugares particulares de enunciación que son, a la vez, lugares desde donde se teoriza.

**Palabras claves:** mapa, espacio absoluto, fronteras, bagayeras, otredades

#### Abstract

In the present work we propose to reflect on the limit of space, the limit of the nation and its territory, starting from the places that appeal to the inherited map and leave aside the official cartography as they open up to the exploration of space as a possibility. Places in which the same fiction of the trace reaches its own limit and reveals the finitude of the plot in front of the contiguity of the inhabited territory. Places denied in the state-centric cartography that both become a threat to positive certainties and wonder about the “should be” as “being” from particular experiences.

Reflections -that rise from the porosity of the Argentine-Bolivian border between Aguas Blancas-Bermejo- emphasize the work of bagayera women.

Understanding those as conflicting, overlapping, performative places and experiences in themselves. Borders. It is from a cultural mapping that we give account of particular places of enunciation that are, at the same time, places from where experiences are theorized.

**Keywords:** mapping, absolute space, borders, bagayeras, otherness

---

\* UNJu, CONICET, CeHCM, UNQ

## Introducción

Este trabajo indaga en la conflictividad del límite del espacio, del límite de la nación y su territorio, y en su mapa como modo de configurar la interpretación de la habitabilidad del lugar. Nociones que piensan el territorio escindido de su cultura y el suelo como recurso posible de ser gestionado unilateralmente por el Estado e independiente de las comunidades que hacen uso de él habitándolo.

Reflexiones que se dan desde la porosidad de la frontera argentino-boliviana en el paso internacional Aguas Blancas-Bermejo. Lugares *borders* no solo por su ubicación física en la ficción estado-céntrica de la geografía clásica, sino porque las experiencias que allí se suceden subvierten los órdenes de la modernidad: el mapa, el límite territorial, la ciudadanía, la naturaleza, el género, entre otros; e impugnan los límites y la estabilidad — cómo no: las lecturas estabilizantes también— que de estos se desprenden. Espacialidades y corporalidades que emergen como posibilidades alternativas. Una otredad que interpela una ‘mismidad’ es lo que pone en evidencia la ficción de la construcción de las fronteras, a la vez que cuestiona los procesos y las certezas sobre las que se asientan.

De esos modos de subversión nos vamos a ocupar en este trabajo, haciendo hincapié en las tareas de las mujeres bagayeras. Mujeres que cruzan mercaderías por circuitos que evitan el control aduanero y de Gendarmería<sup>1</sup>. Trabajo que advierte corrimientos, inviste tensiones, invoca otredades, genera perturbaciones en el *logo* de la modernidad y su gestión de los espacios, los cuerpos y las razones. Desobediencias que constatan que el *logos* nunca llegó a obtener la totalidad; que quedaron grietas, pliegues (Segato, 2007), desde donde es posible ver el revés de la trama.

Es desde el cartografiado cultural (Barbero, 2002; Aparicio *et al*, 2010) de estos lugares que ensayamos aquí un mapa ficcional —un croquis, diríase—, que orientamos nuestras navegaciones (Ford, 1994), o mejor, que damos cuenta de nuestros recorridos por estas formas de espacialidades.

## El espacio absoluto y el mapa: herencias de la geografía clásica

La búsqueda de una reflexión sobre las formas de habitar las ciudades fronterizas por parte de las mujeres bagayeras nos abre la teorización del espacio social como búsqueda de interpretación de *otros* mundos posibles y de las alternativas que conllevan. Una apertura que debe problematizar, cuestionar y discutir al menos el problema del espacio como espacio absoluto.

La crítica al espacio absoluto no puede realizarse sin antes una revisión

<sup>1</sup> El trabajo del bagayeo es una actividad realizada por hombres y mujeres. Por una decisión académica, pero sobre todo personal y política, los espacios y el trabajo están narrados solo desde la participación de mujeres.

del pensamiento geopolítico clásico y su concepción estado-céntrica del espacio social. Una perspectiva aún vigente que se presenta como síntoma de determinadas formas de interpretación del espacio y que encuentra sus raíces en lo más profundo del proyecto de la razón iluminista de la Modernidad, bajo la consigna de “orden y progreso” en el Estado argentino. Una epistemología geográfica que planteaba la relación entre Estado y espacio como unidades de análisis y cuyo proyecto subliminal se preocupaba más por el devenir de los Estados y la construcción de sus naciones, que por una reflexión acerca de la relación espacio y sociedad en sus particularidades. Una perspectiva que colaboró en el proceso de organización de la Nación.

Es sabido que la geografía y la historia tuvieron un papel central en la transmisión de valores de la época, difundidos a través de la enseñanza que llevó los cimientos de la nación (Chiozza y Carballo, 2009). Como encargado de la construcción del espacio en la modernidad, el programa de la geografía no podía ser ajeno a otros proyectos contemporáneos, por lo que formó parte de la construcción de los nacionalismos, el auge de la revolución industrial, el poderío militar y económico de las grandes potencias, el expansionismo colonizador. Hubo superposiciones genealógicas entre el origen de las ciencias naturales y sociales en el origen de la modernidad con los proyectos de dominio y control social (Murillo, 2012), a la vez que con el auge del capitalismo. De allí que la noción de espacio que heredamos y que aún se mantiene vigente en forma sedimentada provenga de estas perspectivas de espacialidad hegemónica.

En esta línea, el ensamble del dispositivo moderno de la razón fue el que organizó el conocimiento del espacio como espacio absoluto, es decir: neutro, grado cero de la espacialidad, no-relativo (López y Zubia, 2014). Esta consumación del espacio neutro alcanza su éxtasis en el mapa como tecnología de representación espacial a la vez que como política representacional de la identidad. El mapa se transformó en la tecnología de gestión para la espacialidad ampliada. Un repaso por la periodización de las formas de gobierno y control y gestión del territorio y su población (Foucault, 2006) da cuenta de la serie de operaciones orientadas hacia la construcción de un espacio homogéneo y estable. Así, nuestro pensamiento del espacio heredado de esta geografía clásica “proviene de la confluencia entre las tradiciones jurídico-política y naturalista de base biológica. La geografía clásica se conformó como una geografía del Estado” (Benedetti, 2011:17).

Desde la articulación sociohistórica y también espacial en tanto geografía del poder (Massey, 2012) emergen dos categorías funcionales: la ciudadanía como población del territorio nacional y el territorio —bajo la égida de la escuela clásica de la geografía— como la superficie del suelo cuya gestión estaba y está a cargo del Estado. Una doble operación tendiente hacia la homogenei-

zación social y del ambiente a la vez que la disolución de sus particularidades. Una escisión ontológica que libera a la sociedad de su ambiente y al ambiente de su sociedad (Segura, 2015) como campos autónomos: si el recurso natural —conversión cambiaria del territorio puesto en circulación en el mercado— es la estrategia política para separar el territorio de las sociedades, la ciudadanía es la estrategia política para separar el territorio de las sociedades. Territorio-Recursos Naturales y ciudadanía son los dispositivos que mancomunan en la Nación una doble operación de falsa igualdad y autonomía cuyo proyecto es escindir la cultura y el territorio natural esencializando sus identidades (Zubia, 2012).

El espacio absoluto emergió entonces como parte del mito moderno de la razón, como lugar estable y estabilizante a la vez que ordenador de categorías más amplias. Y allí, cuando la vida misma se presenta como una vida pasible de ser gestionada mediante la tecnología burocrática estado-céntrica, se solapa una vida saturada de poder (Butler y Spivak, 2009).

### **Las ciudades fronterizas: un constante movimiento**

El conjunto de operaciones estabilizantes y esencializadoras de los territorios sigue desfigurando la formación de los lugares al mostrarlos como planicie inconmensurable en el análisis, frente a una topografía que se muestra diferente. Es esta la tensión analítica que se presenta en los análisis de las espacialidades diferentes y que se consuman en el mapa. Por ello, sostenemos que las experiencias de habitar los espacios fronterizos constituyen formas diferentes y desiguales de aquellas consagradas en el mapa y desde esta diferencia es que sostenemos la necesidad de desandar el mapa armando otras cartografías. Desde esa misma coyuntura también denunciamos la pulsión por lo estable que se sucede a través de una serie de operaciones múltiples —en tanto dispositivo— que someten la dinámica del espacio a una quietud perpetua: su estabilidad.

El espacio-cuerpo social es entonces fabricado por la tecnología de ese mapa heredado desde la norma según la configuración espacial histórica determinada: la construcción de la Nación. Y hace parecer que no hay posibilidad de pensar los lugares desde los mismos lugares. Sólo es posible pensarse en la mismidad de la otredad convertida en mono-logos: el espacio absoluto, el mapa, la Nación, la ciudadanía. Esas son las únicas alternativas posibles, las formas domesticadas de las que hacer uso para poner nombre a la experiencia habitacional.

Apoyados en reflexiones e investigaciones deconstruccionistas, sostenemos que existen otredades que se nos presentan como radicales ya que su invitación es, justamente, a abandonar el mapa heredado. Aquello que la norma específica desde el deber ser (otra vez: el arquetipo, el mapa, el ciudadano) se subvierte desde el estar siendo disidente. Lugares en los que la misma ficción de la traza

alcanza su propio límite y revela la finitud de la trama frente a la contigüidad del territorio habitado. Otredades que interpelan el mapa heredado y dejan de lado la cartografía oficial en tanto se abre a la exploración del espacio como posibilidad.

La cartografía oficial entiende a la frontera argentino boliviana, en el límite Aguas Blancas-Bermejo, como creación de Estado-Nación en pos de la soberanía territorial, límite material de la ficción espacial de las naciones concebidas como puerta de entrada o salida al territorio nacional, márgenes de la ciudadanía en su articulación espacial. Este borde, ubicado en el extremo norte del país, delimita el alcance espacial del sistema de derechos, deberes y garantías del Estado para sí, pero además es la escritura la que crea esa misma espacialidad. La delimitación de las fronteras crea la cartografía oficial en la semiosis del Estado, vigente cada vez que intenta pensarse las fronteras no como espacio de diálogo, de interacción, sino como lugar inmóvil, límite de la nación y su territorio.

No obstante, esta ficción protocolizada en el cuerpo de la ley que configura la espacialidad hegemónica, este espacio fronterizo, es también el karma de la pulsión dinámica: tránsito, movimiento, pasaje, circulación. Espacios no agotados por la cartografía oficial y por tanto lugar de germinación de irreverencias de la ciudadanía y la reinención constante de sus límites materiales. Cronologías y topografías que se distinguen del mapa tiempo-espacio de la cartografía oficial de la Nación, a la vez que impugnan el grado cero del espacio abstracto y la mirada neutra que le da fundamento.

Estos espacios fronterizos deben ser entendidos entonces en tanto formación, como producción y producto en constante proceso, definido y creado por sus actores en una multiplicidad de complicidades y por lo tanto inseparables de la experiencia de los sujetos de esos espacios. Espacios que se habitan desde una relación particular con el lugar, el ambiente, la cultura, el territorio y los paisajes sociales. Espacios de formulación experiencial corporal, donde la experiencia sugiere para sí interpretaciones *otras* de la configuración territorial hegemónica, donde la norma específica desde un deber ser (el arquetipo, el mapa, la ciudadanía, la legitimidad, los géneros) se subvierte desde la apropiación, desde el estar siendo propio.

Una definición así plantea, entonces, una relación particular con el lugar. El vínculo emocional, diríase, de cada una de las comunidades involucradas con el ambiente, la cultura, el territorio y los paisajes sociales no se encuentra contenido ni enunciado en la lógica hegemónica y su lenguaje. Si el artificio del mapa y la ciudadanía han sido la estrategia a través de la cual se ha escindido el territorio de su población, como se ha sugerido anteriormente, el vínculo emotivo de estas comunidades con sus territorios no se encuentra contenido en la escena de argumentación legal de la defensa de sus derechos.

## El bagayeo: como forma de trazar otro espacio fronterizo

Entre las ciudades de Aguas Blancas y Bermejo, Argentina y Bolivia respectivamente, se desarrolla un trabajo que es conocido localmente como bagayeo. Se entiende como tal el cruce de mercadería a través de la frontera por recorridos que evitan el control aduanero y de gendarmería. Este cruce tiene como contexto económico, político y geográfico la relación cambiaria entre ambos países que define el valor de bienes y mercaderías hacia cada uno de los lados de la frontera. Esto obedece a dos razones: la primera, de corte histórico, a saber: en la década del neoliberalismo argentino, los 90, la paridad del peso argentino en relación con el dólar hacía que el peso boliviano tuviera menor valor comparativo en relación con el argentino. En este momento, el cambio favorable para Argentina generó una práctica de consumo de bienes y mercaderías del lado boliviano: se cruzaba la frontera para comprar del otro lado.

En los últimos años, aunque la relación cambiaria dejó de ser favorable para la Argentina, aún se continúa cruzando la frontera hacia Bolivia para comprar bienes y mercaderías. Diariamente, llegan a la ciudad de Aguas Blancas decenas de personas, la mayoría comerciantes intermediarios, para comprar al mayoreo (grandes cantidades) y después revender los productos en la zona sur. Ahora bien, la compra en cantidad está limitada a UDS 150: si la mercadería supera ese monto se debe pagar el impuesto aduanero correspondiente, lo que aumenta el valor del producto encareciéndose la facilidad de compra. Por ello, los comerciantes intermediarios contratan el servicio de bagayeo para que, quienes en este se desempeñan, crucen la mercadería por las zonas fronterizas evitando el control aduanero.

En general el trabajo del bagayeo supone una dedicación de más de ocho horas diarias para completar todo el proceso que comienza en las calles de la ciudad de Bermejo (Bolivia) y termina en la ciudad de San Ramón de la Nueva Orán a 50 kilómetros de Aguas Blancas (Argentina). Si bien los diferentes momentos del trabajo no son llevados a cabo por las mismas personas, sí es necesaria la presencia de las y los distintos sujetos durante la espera de la concreción de las tareas de cada participante.

El trabajo comienza en la ciudad de Bermejo en la calle Colorado, donde se localiza la mayoría de los comercios que venden sus productos al por mayor. Los bienes y mercancías van desde ropas (camperas, camisas, remeras, jeans), “blancos” (manteles, toallones, repasadores, sábanas), hasta electrodomésticos de uso particular (reproductores de DVD, pavas eléctricas, celulares, radios, ventiladores, etc.), entre otros. Estos objetos llegan a la ciudad de Bermejo desde el interior de Bolivia, pero no son de producción nacional sino importaciones provenientes de otros países.

En estas calles, además de los diversos negocios, se puede observar a decenas de mujeres a la espera de las y los compradores mayoristas que

necesiten del traslado de sus bienes. En la mayoría de los casos las mujeres llamadas “patronas” tienen sus clientes, quienes las buscan o llaman por teléfono para confiarles los diversos productos. Son ellas quienes contratan el servicio de otras mujeres, llamadas “bagayeras”, para que las acompañen en su trabajo. Una vez que las ‘patronas’ reciben la mercadería, sus empleadas anotan cada producto, controlan cada bolsa y las acomodan en sus mochilas o lonas. Así hasta conformar un grupo de cinco, seis o siete personas; la cantidad de integrantes varía de acuerdo con la cantidad de mercadería que se necesita pasar.

Cuando se llenan las mochilas o lonas se localizan taxis que las acercan hasta el río límite entre Argentina y Bolivia. El primero de los controles a sortear es el puesto con las oficinas de Migraciones, correspondientes a Aduana y Gendarmería, ubicadas en la ciudad de Aguas Blancas. Para ellos el cruce no se realiza por las chalanas (lanchas), medio convencional de paso en esta frontera, sino a través de ‘gomones’. Los ‘gomones’ son balsas elaboradas por los trabajadores. Se localizan en algunos de los tramos del río Bermejo que no superan una distancia mayor a 200 metros del paso oficial y son manejados por sus dueños, que en su totalidad son varones.

Este paso no es ajeno a los agentes de Gendarmería y de Aduana; por el contrario, en el recorrido pueden visualizarse gendarmes circulando muy cerca de las trabajadoras. En esta frontera gran parte de la actividad económica deriva de la posibilidad comercial que propician las diferencias de cambio y la oferta de distintos productos: esto incluye el trabajo de las bagayeras. Es por ello que desde hace unos años en estos espacios no se intenta terminar con el paso de mercadería por circuitos alternativos, sino controlarlos.

Así se llega hasta la vera del río, pero del lado argentino donde se acomodan las mochilas y lonas, muchas de las cuales superan los setenta kilos. Una vez que las mujeres se reorganizan, intervienen otros participantes fundamentales: los chóferes de remises, que en la mayoría de los casos ya tienen un acuerdo previo con las ‘patronas’. Ellos son los encargados de transportar a las mujeres, pero además son los informantes de la situación que pudieron observar o escuchar sobre el control del puesto 28 de Julio de Gendarmería Nacional, el segundo de los controles a sortear. Ellos no son meros transportadores, sino que se involucran para que las mujeres tengan mayores posibilidades de cruce sin ser intervenidas.

Esquivar el escuadrón N°28, localizado entre la ciudad de Aguas Blancas y San Ramón de la Nueva Orán, necesita de dos momentos. En una primera instancia se viaja en los remises desde la vera del río del lado argentino hasta cien metros antes del escuadrón, donde las trabajadoras descienden y toman el sendero que abre el camino alternativo para desviar la mercadería por detrás del edificio de Gendarmería y Aduana.



En este trayecto, las mujeres deben sortear distintos obstáculos como tendido de alambrados de las fincas, crecidas del río y lo más común, patrullajes y controles de oficiales de Gendarmería. Para cualquiera de estas vicisitudes, las mujeres perfeccionan tácticas que les permitan sobrellevar los ‘inconvenientes’. Este recorrido es el más largo y pesado del proceso pues se camina alrededor de una hora, sorteando los obstáculos con mochilas que pesan unos cincuenta, sesenta o setenta kilos sobre sus espaldas. La distribución de los pesos de los volúmenes a transportar se realiza a partir de configuraciones históricas de lectura de los cuerpos. Así las y los jóvenes ponen en circulación menores cantidades de mercadería. En esta línea fácilmente podría establecerse la misma distribución de peso entre los géneros, pero la experiencia de tránsito en la frontera se rebela contra esta lectura y da cuenta de procesos más conexos entre cuerpos. Algunas mujeres, en el recorrido de su experiencia, llegan a soportar grandes pesos sobre sus espaldas.

Muchas veces este trayecto demora más, producto de algunas circunstancias como por ejemplo los momentos en los que las mujeres deben esconderse para no ser encontradas por los efectivos, o el tiempo que les lleve “negociar” o “pelear” para evitar que les decomisen la mercadería. En esta “negociación” convergen dos actitudes: la experiencia de las trabajadoras para establecer acuerdos y la predisposición de la/el gendarme para aceptarlos o viceversa. Es en este “acuerdo” espontáneo que se define el destino total o parcial de la mercadería transportada.

Una vez terminado el recorrido, las mujeres salen por un camino que termina a 200 metros delante del control, donde las espera el remis que las dejó una hora atrás. Allí cargan nuevamente sus bultos y comienza la segunda parte del viaje, desde esta salida hasta la ciudad de Orán, sea en el ‘playón’ situado enfrente de la terminal o en algunos de los galpones establecidos previamente con los compradores. Es allí donde su trabajo termina.

## La profanación del mapa

En estas ciudades, gran parte de la población fronteriza ha pasado la mayor parte de su vida vinculada de una u otra manera con el trabajo, sea porque algún familiar se dedica a la misma actividad desde hace mucho o por el mismo contacto permanente que implica una cotidianidad desarrollada en ciudades que tienen como uno de los modos más conocidos de trabajo el bagayeo.

En una población donde la mano de obra es mayormente no calificada y mal remunerada, el oficio del bagayeo se presenta como una alternativa con mejoras salariales, ante una vida “destinada” al empleo doméstico y/o las tareas en las escasas fincas de las zonas. Frente a las condiciones de múltiples exclusiones —social, cultural, de género, étnica—, connaturales al modelo de Estado-Nación, las pobladoras de la región han generado empleos desarrollando estrategias individuales y colectivas que rompen con los patrones tra-



dicionales de entender las fronteras, las leyes, los mapas y que han contribuido de manera significativa a la emergencia de oficios más incluyentes.

El cruce de mercadería sugiere para sí interpretaciones *otras* de la configuración territorial no contenida en la norma de la construcción del cuerpo territorial —individual y colectivo—. El corrimiento de aquella perspectiva estadocéntrica del espacio (al cruzar de un lado al otro por fuera de los pasos oficiales), indispensable para realizar dicho trabajo, es lo que permite la posibilidad de interpretaciones *otras* del espacio y la experiencia en los núcleos de abordajes que trabajamos.

Ya las críticas de las geógrafas feministas negras y chicanas y sus referencias a espacios de diáspora (Brah, 2011), las identidades en las fronteras (Anzaldúa, 1987), renovaron la discusión por el lugar, desde la diferencia, que cruza la identidad en los ensamblajes históricos particulares en tensión con los entramados legales a través de los cuales se constituye la espacialidad hegemónica. Todo este entramado teórico allana el camino para pensar en cronologías y topografías que no acuerdan con el mapa tiempo-espacio de la cartografía oficial de la Nación, a la vez que impugnan el grado cero del espacio abstracto y la mirada neutra que le da fundamento. A semejanza de las representaciones en perspectiva, el mapa sugiere la presencia de una mirada única, pero en la experiencia cotidiana del espacio fronterizo, la mirada que el mapa representa no impide el accionar de las mujeres bagayeras.

La experiencia de las mujeres bagayeras da cuenta de que ningún punto de la superficie de la tierra puede ser mirado tal como pretende el mapa ya que el conocimiento de la tierra no puede prescindir de la mirada y del sujeto que la mira. Por lo tanto, no sólo la experiencia del mapa nos introduce en una comprensión del espacio que es en sí abstracta, sino que además es completamente externa (Haber, 2008). Desde estos abandonos del mapa y su perspectiva tecnológica de la espacialidad entendemos a las ciudades fronterizas como “heterotopías y heterocronías” (Foucault, 1999) excéntricas: tiempos-espacios *otros* que des-sintonizan la utopía del Tiempo-Espacio Oficial (esta vez en singular y en primera persona) arquetípica en la construcción de la Nación. En tanto heterotopías, el trabajo del bagayeo disloca la ubicuidad de la cartografía dominante y sus lógicas, abriendo el espacio a la experiencia material. Es en este acto de profanación del mapa y límite donde el cruzar la frontera hace del lugar un espacio *otro*.

## **Perturbar el género. Romper con los espacios masculinos**

Como dijimos en los apartados anteriores, entendemos los espacios fronterizos como performance, como producción y producto en constante proceso, definido y creado por sus actores en una multiplicidad de complicidades; los mismos son inseparables de las experiencias de los y las sujetos de esos espacios que al actuarlo se actualizan (reafirman o cambian). Al ser definido por

sus actoras y actores, los espacios son un producto en proceso, nunca algo ya terminado, ni una totalidad cerrada. Los espacios no pueden disociarse de la experiencia espacial —sea en el encuentro presencial o en la manifestación virtual— y tales experiencias no pueden separarse de su condición corporal. Así, los cuerpos construidos son la forma y representación de un sistema que los genera, los nombra y los ubica casi siempre en un sistema de binarismos genérico (Ficoseco, Gaona y López, 2013).

Desde la mirada exótica de los confortables centros del país se observa el paisaje del vivir en las fronteras con soberbio asombro, con tolerante condescendencia solapada en formas políticamente correctas (Camblog, 2014). Se piensa y se imagina a las y los pobladores de los espacios fronterizos como comunidades homogéneas, donde las acciones de sus residentes deberían coincidir con los límites de tales unidades territoriales. Sin embargo, hacia el interior de estas ciudades, existe disputa entre los sentidos hegemónicos acerca de lo que representa vivir en la frontera y de las y los actores presentes en ella. Un conjunto de dimensiones como el acceso desigual a la ciudad, el género, la procedencia, las relaciones con las instituciones del Estado, especialmente sus contactos con la Gendarmería y el tiempo de residencia, dan cuenta de una variedad de personas con distintos modos de vincularse con dichos espacios.

El trabajo del bagayeo implica caminar varias horas, sorteando obstáculos, con mochilas o lonas que pesan entre cuarenta y setenta kilos sobre sus espaldas. En los grupos de trabajadores esa distribución de los volúmenes a transportar se realiza a partir de configuraciones históricas de lectura de los cuerpos. Así las y los jóvenes ponen en circulación menores cantidades de mercadería. En esta línea fácilmente podría establecerse la misma distribución de peso entre los géneros, pero la experiencia de tránsito en la frontera se rebela contra esta lectura y da cuenta de procesos más conexos entre cuerpos. Como ya dijimos, algunas mujeres, en el recorrido de su experiencia, llegan a soportar grandes pesos sobre sus espaldas.

En el esfuerzo y los riesgos que implica el trabajo parece no existir diferencia entre hombres y mujeres dado que ambos realizan el mismo recorrido con pesos similares; sin embargo, cuando decimos que la forma de entender los géneros y los espacios produce efectos en la vida de ellas, nos referimos a la magnitud que supone sentirse condicionada por ser mujer. Para las y los habitantes de las fronteras, no produce demasiada extrañeza la participación de las mujeres bagayeras en estos espacios, sin embargo, el personal de Gendarmería y Aduana siente el poder de minimizarlas, golpearlas, insultarlas y denigrarlas en cada “encuentro” con mayor énfasis. Así, la seriedad en los gestos, los insultos y comentarios ofensivos, el menosprecio por el cuerpo, la intimidación, el acoso, se presentan con más dureza hacia las mujeres, enfatizando el carácter de género. Ante esta situación resulta fundamental transitar las ciudades de manera grupal, como estrategia para intentar ‘paliar’ las consecuencias que tienen su trabajo y su condición de mujeres en momentos de cruce.

El género entendido como el primer significante de poder (Scott, 1999), atraviesa los sentidos sedimentados acerca de los espacios y lugares permitidos para hombres y mujeres. El carácter ideológico por el cual producimos los espacios, les damos sentidos, contiene en sí una fuerte carga que generaliza, clasifica y organiza en dimensiones de lugar y territorio los vínculos permitidos o posibles. Como sostenemos en trabajos anteriores, la legitimación de estos sentidos da pie a una materialización reconocida como parte del orden natural por el cual los espacios fronterizos se nos presentan (al parecer, de antemano) tácitamente blancos y masculinos (López, 2016). La forma en que las mujeres bagayeras experimentan cotidianamente el acceso desigual al espacio urbano, los tiempos o los medios para desplazarse de un lado al otro del río, la forma de tramitar los encuentros y las interacciones en el espacio público con el personal de Aduana y Gendarmería da cuenta de cómo se refuerza la construcción de estos espacios como masculinos.

## Estirar la norma

El lugar (social y espacial) desde el cual un actor social mira y vive la ciudad hace la diferencia a la hora de comprender las discrepancias de las cartografías. Las diferencias en los modos de representar y transitar una “misma” ciudad constituyen indicios que hacen posible comprender formas distintas de ver, vivir, y significarla. Al decir de Segura (2015) constituyen “cartografías discrepantes” donde existe una heterogeneidad constitutiva de la experiencia urbana de acuerdo con distintas intersecciones (género, nacionalidad y clase social, por decir solo algunas). Se trata de una heterogeneidad inestable y dinámica; las casas, la iglesia, los comercios y los ríos no significan lo mismo para los foráneos que para los pobladores de la zona, ni para cada uno y una de ellas.

Las mujeres bagayeras viven las ciudades de enfrente —Bermejo— como el lugar donde comienza su trabajo, pero también como lugar de encuentro con amigos, amigas y familiares, de paseo, de compras, de disfrute, donde el cruzar por el río o por el control de migraciones no representa mayor preocupación que sus comodidades y necesidades. Para decirlo más claro, en sus cotidianidades el lugar por donde deciden cruzar al frente está vinculado estrechamente con la cercanía y comodidad del lugar donde residen. En sus experiencias cotidianas no les preocupa cruzar por el río o por el puente.

Para gran parte de la población argentina las ciudades fronterizas están asociadas con el peligro (López, 2016), sin embargo, para las mujeres trabajadoras —al igual que para las y los comerciantes que vienen a comprar mercadería como para las personas que venden— las preocupaciones rondan, por ejemplo, por el cambio del día, el clima, los controles de Gendarmería y la posibilidad de trabajar.

Las mujeres bagayeras saben por experiencia propia que cruzando el río se cruza la línea y se está en otro país, con otra moneda, con otras leyes. Pero el

cruce no les provoca extrañeza porque del otro lado están los mismos vecinos o sus familiares. Ponen en circulación un ir y venir de documentos, de monedas, de “legalidades” que se entretajan, que se manejan y se trasgreden con la indiferencia de hábitos arraigados. Saben estar ahí, transitar esa ciudad, como saben estar y transitar el otro lado. Saben en qué consisten las diferencias entre una ciudad y la otra, pero también en qué consisten las continuidades vecinales, la familiaridad compartida en ritmos, tonos, acentos, gestualidades, olores, comidas, vestimentas, peinados, colores, distribución de lugares, etc. Las mujeres bagayeras, como gran parte de la población fronteriza, saben que atraviesan las fronteras, pero también saben que son atravesadas por las fronteras (Camblog, 2009).

La posibilidad de vivir los espacios por fuera de las lecturas acostumbradas encuentra en los espacios fronterizos los motores para iluminar otras concepciones de la ciudad. Bermejo como prolongación de Aguas Blancas; lugar de continuidad. En las cotidianidades de estos lugares muchas charlas rondan en torno a procesos que suceden allí, distintos de aquellas delimitaciones realizadas por las miradas de los foráneos. Mientras que el Estado sostiene la fantasía de límites claros y estables con una distinción absoluta y ejecutable entre interior y exterior, las fronteras para las pobladoras pueden resultar claras o difusas, fijas o cambiantes, pueden generar consensos y disensos. Las diferencias en las representaciones no serán ponderadas entonces con su menor o mayor adecuación a “la realidad”, sino que nos hablarán de experiencias urbanas disímiles. Como sostuvo Ledrut (1973, citado en Segura, 2015), la imagen de la ciudad expresa menos la ciudad que la relación que las personas mantienen con ella.

Habitar y vivir en estos espacios supone instalarse en los discursos de las paradojas. El universo en el que ellas se mueven y desplazan con una naturalidad que sorprende, configuran otros mundos con dinámicas diferentes. No nos referimos únicamente a la frontera que se ubica en el límite geopolítico, sino también a todo tipo de fronteras que las sociedades gestan y potencian con diversos rangos de estabilidad. Hablamos de la habitabilidad de fronteras periféricas y geopolíticas. La vida cotidiana en los espacios fronterizos y en particular la vida de las mujeres bagayeras transcurre alterada por los golpes del Estado, pero a la vez persiste entramada en una continuidad displicente cuya fuerza defensiva, sabia y memoriosa, las protege (Camblog, 2009).

Como ya dijimos, las y los habitantes de los bordes se habitúan a los desbordes y a los contrasentidos: “las contradicciones son el pan de cada día” (Camblog, 2009: 131). Ellas no hablan de paradojas, sino más bien, las actúan, las habitan y las transitan en su praxis y en la experiencia cotidiana. Las y los habitantes de la frontera montan las fronteras (Anzaldúa, 1987). Viven en una perpetua dinámica paradójica que, sin abolir la contradicción, por el contrario, la sostiene, la reproduce, la potencia y la convierte en continuidad. Son

ciudades cheje o chixi, al decir de Rivera Cusicanqui (2010): mixtura esquizo-frénica de la contradicción.

Las mujeres bagayeras tienen una alta tolerancia a la ambigüedad. Ellas no pueden tener conceptos o ideas rígidas. En estos espacios solo se puede ser flexible. Las mujeres son capaces de estirar las normas horizontal y verticalmente. Ellas constantemente tienen que desplazarse fuera de las normas, del pensamiento convergente, del razonamiento analítico al modo occidental unívoco (Anzaldúa, 1987). La frontera es un espacio poroso pero también tenso y conflictivo; allí las certezas vacilan, se quiebran, se diseminan y, a veces, hasta desaparecen (Cebrelli, 2014). Para cumplir con el bagayeo nada es 'como debe ser', nada responde a las regulaciones de los espacios. Las mujeres de los bordes aprenden a hacer malabares con la cultura. Ellas tienen una personalidad singular que opera de un modo plural.

## La fuerza del lugar

La frontera argentino-boliviana en el límite entre Aguas Blancas y Bermejo se presenta con fuerza. Contigüidad que hace a la comunicación y la solidaridad en la cotidianidad, en la co-presencia del otro (Giddens, 1993) en el espacio compartido como praxis creadora.

En el lugar, ese orden cotidiano compartido entre diversas personas, instituciones, cooperación y conflicto son la base de la vida en común. Debido a que cada uno ejerce una acción propia, la vida social se individualiza y la contigüidad es creadora de comunión. La política se territorializa con la confrontación entre organización y espontaneidad. Entonces el lugar es el marco de referencia pragmática del mundo, del cual le vienen solicitudes y órdenes precisas de acciones condicionadas, pero es también el escenario insustituible de las pasiones humanas, responsables, a través de la acción comunicativa, de las más diversas manifestaciones de la espontaneidad y de la creatividad (Santos, 1997).

En este espacio fronterizo la co-presencia en comunidad —el otro, la otra a la par— pero también la cronotopía y topografía del espacio, su continuidad y calidad como contextualismo que hace a la escena de interacción, marcan tanto los límites como las posibilidades. Aunque estas sean contradictorias, es el vaivén de fuerzas lo que genera su dinámica. El espacio deja de ser entonces la extensión del ámbito de posibilidades pre-pautadas para pasar a ser un lugar donde esas posibilidades se convierten en acción. El lugar es entonces el territorio —individual y colectivo—: experiencia del cuerpo cotidiano que transita por el espacio recorriéndolo, pero también armándolo a la vez que desafiándolo. Construyendo sus propias marcas: experiencias propias para sí y para otros y otras.

Es desde estas fronteras que estudiamos, desde los bordes, lugares marcados por las mujeres bagayeras, que abrimos la discusión por el cartografiado

de los espacios en los cuales no han sido representados y cuyas experiencias propias no son contenidas en el Estado. Y no se trata ya de los no-lugares de Augé (2000) de la antropología posmoderna, sino de lugares que han quedado por fuera de la epistemología globalizada —y globalizante—, cargados de una identidad negada históricamente.

De lo que se trata aquí es justamente de la particularidad de los lugares para el análisis social, por un lado, y, por otro, de un análisis social particularizado para los lugares. Discusión ésta que viene a perturbar la configuración del espacio como texto plano extenso sólo posible —y no casualmente— desde la ciencia, el derecho y la geografía positiva. Se trata, en definitiva, de lugares *forcluidos* (Butler, 2002) que habían quedado por fuera de la enunciación del logos y hoy regresan en tanto amenaza de su imposición: la del espacio como Nación y el límite internacional, el cuerpo como lugar de reproducción y el deber ser del género y, por último, la epistemología de la razón y su imposición en la diferencia. Operaciones que se conjugan en paralelo.

La experiencia de las mujeres bagayeras en este espacio da cuenta de que el dominio nunca es tal, de que siempre queda algo por fuera. Ese fuera es el que vuelve para amenazar nuestras certezas, nuestras seguridades: lo que sabemos que es el espacio. Sin embargo, se trata también de lugares de continuidades (la anarquía es sólo una utopía más en la configuración del espacio). Lugares propios que se habitan bajo 'la norma' pero también desde la exploración, no desde la certeza de aquella sino más bien desde la confusión de lo posible. El lugar donde la norma se hace carne, pero también donde la carne hace a la norma (López y Zubia, 2014). Y es donde esa norma se confunde y amplía los límites de lo posible.

Lugares confusos y contradictorios entonces los de los bordes donde la norma no se relaja, sino que no alcanza a obstaculizar la acción disidente. Y se abren allí fronteras creativas que aprovechan la confusión entre la norma y la posibilidad para ampliar los límites de ese propio cuerpo y generar en ese rango un espacio para sí. Es la alteridad la que se presenta como murmullo polifónico territorializado que bordea en la sintaxis ordenadora del discurso único del logos para plantear otras semánticas sincrónicas y diacrónicas de las topografías propias y que plantea como desafío político diá-logos frente al monó-logo del Estado y su gestión del mapa, el espacio, el límite y los recursos del territorio.

## Bibliografía

- Anzaldúa, G.** (1987). *Borderlands/La Frontera. The New Mestiza*. San Francisco: Aunt Lute Books.
- Aparicio, R. J., Saavedra, A., Lobo, G., & Quintana, C.** (2010). “Respuestas a un Cuestionario: posiciones y situaciones”. En N. Richard, *En torno a los estudios culturales. Localidades, trayectoras y disputas* (57-66). Santiago de Chile: Editorial ARCIS/CLACSO.
- Augé, M.** (2000). *Los no lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona: Gedisa.
- Benedetti, A.** (2011). “Territorio: concepto integrador de la geografía contemporánea”. En P. Souto (Comp), *Territorio, Lugar, Paisaje. Prácticas y conceptos básicos en geografía*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras – UBA, p. 11-82.
- Brah, A.** (2011). *Cartografías de la diáspora. Identidades en cuestión*. Madrid: Traficante de sueños.
- Butler, J.** (2002). *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del “sexo”*. Buenos Aires: Paidós.
- Butler, J. y Spivak, G.** (2009). *¿Quién le canta el Estado-Nación? Lenguaje, política y pertenencia*. Buenos Aires: Paidós.
- Cebrelli, A.** (2014). “Representaciones de jóvenes mujeres wichis en medios y en la industria cultural. Otredad(es) y trayectos (des)encontrados”. En Carlos González Pérez, Ramón Burgos, Liliana Bergesio (edit.) *Mapas comunicacionales y territorios de la experiencia* (99-114). San Salvador de Jujuy: EdiUnju.
- Camblong, A.** (2009). “Habitar la frontera”. En T. Velazquez (Coord.) *Fronteras de Signis* 13 (125-133). Buenos Aires: La Crujia,
- Chiozza, E. M., & Carballo, C. T.** (2009). *Introducción a la geografía*. Bernal: Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes.
- Ficoseco Torres, V. S., Gaona, M. y López, A.** (2012). “La territorialidad como performación. Límites sucios y experiencias otras en la ciudad global”. En Carbone de Mora, Giancarlo y Quezada, Oscar (edit.) *Comunicación e industria digital. 14.0, Encuentro Latinoamericano de Facultades de Comunicación Social* (pp. 247-256). Lima: Universidad de Lima, Fondo Editorial.
- Foucault, M.** (1999). “Espacios diferentes”. En M. Foucault, *Obras esenciales. Volumen III. Estética, ética y hermenéutica*. Barcelona: Paidós.
- (2006). *Seguridad, territorio, población: Curso en el Collège de France: 1977-1978*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Ford, A.** (1994). *Navegaciones: comunicación, cultura y crisis*. Buenos Aires: Amorrortu.



- García Vargas, A.** (2010). "Sentidos de ciudad: espacio físico, espacio social y espacio mediático en san Salvador de Jujuy". En *VI Congreso de Ciudades y pueblos del interior. "Identidades, tensiones, conflictos y consensos en la construcción de la Nación*. Catamarca: Universidad Nacional de Catamarca.
- Giddens, A.** (1993). *Las nuevas reglas del método sociológico*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Haber, A.** (2008). "¿Adónde están los 99 tíficos? Notas de campo de arqueología subjuntiva". En F. A. Acuto y A. Zarankin (Copms.), *Sed non Satiata II. Acercamientos sociales en la Arqueología Latinoamericana*. Encuentro Grupo Editor - Facultad de Humanidades de la Universidad de Catamarca, 103-120.
- López, A.** (2016). *Esto no es droga ni coca, es solo ropa. Experiencias de mujeres bagayeras en dos fronteras argentino-bolivianas. Configuraciones del Estado, espacialidades y corporalidades*. Tesis presentada en el Doctorado de la Universidad Nacional de la Plata, Mimeo
- López, A. y Zubia, G.** (2014). "Lugares (in)proprios. Más allá de la cartografía estadocéntrica". En revista *Fronteras*, Volumen 1, número 1, 34-70.
- Martín-Barbero, J.** (2002). *El oficio del cartógrafo. Travesías latinoamericanas de la comunicación y la cultura*. Chile: Fondo de Cultura Económica.
- Massey, D.** (2012). "Imaginar la globalización: las geometrías del poder del tiempo-espacio". En A. Albet y N. Benach, Dorren Massey, *Un sentido global del lugar*. Barcelona: Icaria.
- Murillo, S.** (2012). *Prácticas científicas y procesos sociales. Una genealogía de las relaciones entre ciencias naturales, ciencias sociales y tecnologías*. Buenos Aires: Editorial Biblos.
- Rivera Cusicanqui, S.** (2010). *Ch'ixinakax utxiwa: una reflexión sobre prácticas y discursos descolonizadores*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Scott, J.** (1999). "Experiencia". En Revista *Hiparquia*, Vol.10, N° 1. Asociación Argentina de Mujeres en Filosofía, Buenos Aires, 59-83.
- Segato, R.** (2007). *La Nación y sus Otros. Raza, etnicidad y diversidad religiosa en tiempos de Políticas de la Identidad*. Buenos Aires: Prometeo.
- Segura, R.** (2015). *Vivir afuera. Antropología de la experiencia urbana*. Buenos Aires: UNSAM edita.
- Zubia, G. F.** (2012). El territorio como lugar de resistencia: opciones epistemológicas en el estudio de los conflictos sociales en las Salinas Grandes, Provincia de Jujuy. Bernal: Ponencia presentada en *Jornadas de Becarios del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Quilmes*.